

REINO DE CORDELIA



Alfonso Mateo-Sagasta cuestiona en una novela la objetividad de la historia



La oposición

Un relato sobre la invención de la historia

Alfonso Mateo-Sagasta

Prólogo de Luis Alberto de Cuenca

88 páginas

PVP sin IVA: 9,52€

PVP con IVA: 9,90€

IBIC: BG

ISBN: 978-84-15973-85-0



9 788415 973850



REINO DE CORDELIA

Un opositor a cátedra universitaria hace temblar a sus examinadores, planteándoles que la Historia se escribe y se enseña de acuerdo a los intereses del presente. Durante este intenso diálogo, no tarda en advertir que su aprobado se evapora con la misma rapidez con la que se desvanece ante el lector el mito de la objetividad histórica. La idea de que la Historia se escribe desde el presente no es novedosa: en los años 70 Hayden White planteó la Historia como ficción, al igual que hace en el prólogo Luis Alberto de Cuenca. Keith Jenkins reelaboró algo más tarde el concepto de invención de la Historia. Alfonso Mateo-Sagasta defiende que la Historia se escribe mirando al futuro, no al pasado. Con esta novela, Alfonso Mateo-Sagasta realiza un análisis sobre la escasa veracidad de la pretendida ciencia histórica.

El autor

Alfonso Mateo Sagasta (Madrid, 1960) es licenciado en Geografía e Historia, en la especialidad de Historia Antigua y Medieval. Después de ejercer durante un par de años como arqueólogo en proyectos relacionados con la Edad Media peninsular, fundó la librería Tipo, especializada en arqueología y antropología, y editó la revista *Arqútica*. Su primera novela, *El olor de las especias*, apareció en 2002. Dos años después publicó *Ladrones de tinta* (2004), galardonada en 2005 del I Premio Internacional de Novela Histórica Ciudad de Zaragoza y del I Premio Espartaco, concedido por la Asociación Semana Negra. Desde entonces no ha dejado de publicar: *El gabinete de las maravillas* (2006), premio Espartaco 2007; *Las caras del tigre* (2009), *Caminarás con el sol* (2011), Premio Caja Granada de Novela Histórica; *El poeta cautivo* (2011) y *El reino de los hombres sin amor* (2014), tercera parte de su particular visión de la España de principios del siglo XVII iniciada con *Ladrones de tinta*.



REINO DE CORDELIA

Del prólogo de Luis Alberto de Cuenca

Un prólogo es, para mí, la expresión de una complicidad, y en este caso, prologar *La oposición. Un relato sobre la invención de la historia* constituye una prueba fehaciente de que las afinidades electivas de Goethe no son tan solo una novela plúmbea, sino también una realidad divertida. Cuando Alfonso Mateo-Sagasta defiende, por boca de su opositor, que la historia es cualquier cosa menos una ciencia exacta, que no hay nada más rabiosamente subjetivo que un libro de historia, que toda prospección histórica habla del presente a través de la manipulación del pasado, y que «la clave de la historia no es qué hemos sido, sino qué queremos ser», está defendiendo unos planteamientos que hago míos al cien por cien, porque están basados en el menos común de los sentidos, que es mi reverenciado sentido común. Si nos atuviéramos a la práctica asidua de la sensatez, cosa que no hacemos sino de cuando en cuando, llegaríamos todos a los mismos resultados a los que llega el opositor de Alfonso, enfrentado a un tribunal que discurre por las vías de las más rancias convenciones con respecto a la historia, manejando un concepto de verdad que ha de ser desterrado para siempre, pues pertenece al más remoto y proveyecto de los pasados.

Hace un par de veranos escribí, en clara sintonía con las tesis de Alfonso Mateo-Sagasta en este precioso librito de Reino de Cordelia, que la historia, lejos de ser una ciencia, es un género literario, y como tal no se rige por principios de verdad científica, sino por criterios de belleza artística y, por lo tanto, ajenos a cualquier pretensión de veracidad. Así hay que leer el relato que hace Heródoto de la Guerras Médicas, como una soberana invención que ha provisto nuestra memoria de escenas tan potentes como la gesta de las Termópilas, de la que a ciencia cierta nada sabemos. Decía yo en aquel poema estival que eran insoportablemente aburridos la inmensa mayoría de los libros de historia que se publicaban últimamente, una vez decidido por no sé qué autoridad competente que la historia es una ciencia y no una parte de la literatura. Y que antes de que se decidiese tal cosa los historiadores cuidaban mucho más su estilo literario —tal vez porque no creían que su función fuese decir la verdad, esa labor quimérica, sino alegrar la vida de los lectores que se acercaban a la magia de su escritura histórica—, como puede uno comprobar si empuña un libro de gente como Diehl, Runciman, Grousset o el mismo Lafuente, por no hablar de nuestros cronistas de Indias, Gibbon, Mommsen, Tácito o Gregorovius. En el equipaje de una persona culta —sea de ciencias o de letras— nunca debe faltar un libro de historia. Pero, por favor, que esté bien escrito, que sea ameno y gozoso, no como esas monografías, tan frecuentes en nuestro tiempo, que tiñen de hipotética y archivística «verdad» gris las paredes de librerías y de bibliotecas.